



Capítulo 101 – Contrato

Naturalmente, el gran día se acercaba, pero aún quedaba mucho por hacer antes de que algo de tal magnitud pudiera suceder.

"Ya veo", dijo Vergil, mirando el pergamino dorado que se desplegaba ante él. Parecía realmente importante, a pesar de quién estuviera frente a él...

"¿Qué hace esto aquí?", preguntó Vergil a la única persona en la habitación, donde estaba sentado: la madre de su esposa, por supuesto...

"Desafortunadamente, me pusieron a cargo de los contratos. Después de todo, tengo brujas aliadas a mi lado que pueden encargarse de esto más rápido que contratar a una a través de la aplicación", respondió Raphaeline, mirándolo sin rastro de preocupación. "Este papel dorado es un contrato elaborado por las brujas bajo mi mando, una garantía para que podamos llevar a cabo este evento", continuó.

—Sí, ya me lo imaginaba, aunque no me entusiasma estar aquí mirándote —dijo Vergil—. La Maestra me enseñó algunas cosas mientras luchábamos. Conozco los fundamentos de estos contratos. Aunque me dijo que no confiara en las «Brujas Perras».

"Los contratos mágicos de las brujas se dividen en varios niveles según el color del papel. El papel blanco representa los contratos más simples, hechos por una bruja inexperta, que también pueden ser rotos por otras brujas inexpertas", dijo Raphaeline, cruzando las piernas y observándolo atentamente.





"Los contratos de papel dorado son exclusivos y solo pueden ser creados o rotos por brujas experimentadas... También existe el papel negro, un contrato creado por la Reina Bruja, y como otros contratos, solo la reina puede romperlo." Casi rió. "Es una pena que no vivas lo suficiente para ver uno así, pero es bueno saber que sabes algo más que golpear cosas", comentó encogiéndose de hombros.

"Me encanta cómo hablas con tanta superioridad, pero que yo sepa, estás aterrizado porque no sabes qué pasará si no gano y pierdes tu valiosa oportunidad de conseguir la supuesta espada preciada que deseas", dijo Vergil en un tono completamente indiferente al respeto. No le importaba la fuerza ni la jerarquía; quien estaba frente a él no era más que un traidor que vendería a su propia hija por una maldita espada!

Raphaeline mantuvo su expresión serena, aunque el brillo en sus ojos sugería que las palabras de Vergil habían sido muy duras. Aunque intentó transmitir calma, la máscara parecía a punto de resquebrajarse.

—Lo que no entiendes, muchacho —dijo con una calma casi siniestra—, es que ciertos sacrificios son inevitables cuando se aspira a algo verdaderamente grande. Esta no es una espada cualquiera. Es un arma con un poder inimaginable, y solo quienes estén dispuestos a pagar el precio pueden siquiera soñar con blandirla. —Su mirada era aguda, llena de malicia calculada—. Y sabes bien que esta espada es un premio que solo se gana con sangre.

—Cállate y déjate de tonterías —replicó Vergil con una risa fría e incrédula—. Es curioso que hables de sacrificio cuando lo único que estás dispuesto a perder es la vida de tu propia hija. Apoyó los brazos en la mesa, inclinándose hacia delante para acortar la distancia entre ellos y dejando ver claramente su hostilidad.



"Y no se equivoquen", continuó en voz baja, casi un susurro, "nuestra apuesta sigue muy vigente". Sonrió con suficiencia.

Raphaeline observó a Vergil con una expresión de irritación apenas contenida mientras él se inclinaba hacia adelante, con los ojos brillantes y la voz afilada como una cuchilla. Lo miró fijamente, pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió suavemente y entró Viviane, rompiendo la opresiva tensión que llenaba la habitación.

—Gracias, Viviane —dijo Vergil, aceptando el té con una leve sonrisa que contrastaba con su frialdad anterior. Se recostó en la silla y tomó un pequeño sorbo, sin apartar la mirada de Raphaeline mientras saboreaba la bebida.

"Ahora dime qué dice el contrato y vete", dijo. Raphaeline pareció a punto de responder, pero se contuvo, manteniendo una postura firme. Por un breve instante, sus ojos brillaron y su rostro recuperó la calma y la serenidad.

El contrato garantiza que todos los involucrados recibirán sus recompensas después de la batalla. Ada Baal se usará como moneda de cambio; será el premio en el duelo entre Vergil y Magnus Phenex. Para evitar situaciones en las que uno de los demonios use a Ada Baal contra su voluntad, este contrato específico que tengo en mis manos fue elaborado para registrar todo el proceso contractual y enviarlo a la agencia gubernamental que supervisa los Recursos Demonitarios, previniendo así cualquier acto de esclavitud o cualquier acto implícito que afecte su vida —dijo, como un robot leyendo un guion.

"¿Recursos demoníacos? ¿Como... recursos humanos?", preguntó, intentando comprender lo que estaba pasando.





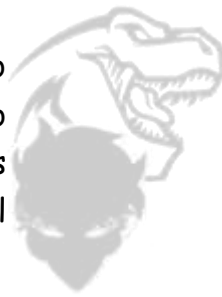
¿Qué? ¿Crees que solo por ser demonios no tenemos constitución? Incluso los demonios tienen leyes que seguir, ¿sabes? ¿Cómo crees que los Ángeles y los

¿Ángeles Caídos no nos han combatido en todos estos años? ¡Somos gente decente! —dijo, como si la acusara de haber hecho algo... o...

—¿Te estás escuchando a ti misma? —preguntó Vergil, casi riéndose de la expresión que tenía.

Raphaeline entrecerró los ojos, manteniendo la compostura firme pero claramente irritada por la burla de Vergil.

—Sí, te escucho, y quizá deberías entender que el sistema que seguimos es lo que nos impide ser cazados, o cazar libremente —respondió ella, intentando mantener la calma, aunque la impaciencia se reflejaba en su voz—. Los demonios no somos anárquicos; tenemos una estructura para mantener el equilibrio. Sin ella, el caos nos arrastraría junto con el mundo mortal.



Vergil rió entre dientes, reclinándose en su silla. "¿Entonces ahora hablamos de 'leyes demoníacas'? Me siento como si hubiera entrado en un tribunal humano", dijo, rebosante de sarcasmo. "Pero, sinceramente, ¿crees que me importa esto? O mejor aún, ¿a alguien aquí le importa?"

—Deberías —respondió ella con brusquedad—. Porque este contrato, Vergil, puede arruinar cualquiera de tus planes si lo ignoras. Un desliz y todo el proceso queda invalidado. Ada no será tuya, y Magnus no será derrotado limpiamente. Piénsalo.

Vergil guardó silencio un momento, mirando a Raphaeline con intensidad, como si sopesara cada palabra. Viviane observaba en silencio a su lado, atenta a



cada detalle. Tras una pausa, dio un último sorbo a su té, como para dar por terminada la conversación.

"En resumen, básicamente quieres que luche dentro de las reglas, como un buen chico obediente, solo para conseguir lo que quiero sin poner en peligro tus valiosas garantías legales. ¿Verdad?", sonrió con suficiencia. "Interesante..."

"Bien, pásamelo", dijo Vergil, tomando el papel y hojeando las reglas. Segundos después, se echó a reír.

"Las muertes están permitidas", leyó en voz alta y siguió riendo. "¡JAJAJAJAJAJA!" La risa de Vergil se volvió salvaje, recordando a la de Zafiro, llenando la habitación con un eco escalofriante.



Raphaeline se quedó paralizada, sintiendo una oleada de terror mientras la risa de Vergil se volvía incontrolable, su voz reverberando en las paredes, mientras todo a su alrededor empezaba a agrietarse y romperse como un cristal frágil. La presión que irradiaba era abrumadora, y Raphaeline instintivamente dio un paso atrás, alarmada y con el corazón latiendo con fuerza.

"¿Qué... qué clase de poder es este?", pensó, mientras su fachada gélida empezaba a resquebrajarse al tiempo que el miedo se apoderaba de su mirada. Cada fractura a su alrededor parecía acercarse, como si estuviera acorralada por algo mucho más allá de su comprensión.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, Vergil dejó de reír, inclinándose ligeramente hacia adelante con una calma mortal, sus ojos brillando mientras la miraba directamente.



—Lucharé contra un inmortal —dijo en voz baja y letal—. Entonces, ¿solo mi vida está en juego?

Raphaeline tragó saliva, sintiendo que la fuerza brutal que emanaba de él amenazaba con aplastarla. Con esfuerzo, recuperó la compostura y respondió, intentando sonar firme:

"Bueno, viéndolo así..." Murmuró. "No, está bien", la interrumpió Vergil, mirándola con confianza. "Ya que todos lo quieren así, puedo matarlo si lo logro, ¿no? Nadie puede interferir, ¿verdad?"

Raphaeline dudó, pero se mantuvo firme mientras la mirada penetrante de Vergil la atravesaba como una espada.

"Correcto", respondió con firmeza, aunque un ligero temblor en sus ojos delataba su inquietud. "El contrato es claro. El combate será exclusivamente entre tú y Magnus Phenex. Nadie puede interferir; es una batalla en términos absolutos".

Se enderezó en la silla, intentando recuperar un fragmento de la autoridad que Vergil parecía dismantelar con tanta facilidad. «Y sí, si... matas a Magnus, el contrato lo reconoce como una victoria legítima. Habrás cumplido con tu parte, y todos los beneficios y acuerdos estipulados se aplicarán debidamente».

Vergil esbozó una fría sonrisa, satisfecho con su confirmación. "Perfecto", dijo, reclinándose, con una confianza casi palpable en la voz. "Disfrutaré esta pelea más de lo que pensaba", murmuró, recordando algo que Zafiro le había mencionado apenas unas horas antes.





"Si la pelea se vuelve demasiado fácil, úsalo como piedra de afilar; no todos los días te encuentras con un oponente que se regenera infinitamente", sonrió, abrazándolo. "Imagínate la reacción de todos cuando te vean usándolo solo para probar técnicas... será invaluable".

La sonrisa de Vergil se amplió cuando la astuta y atrevida sugerencia de Sapphire resonó en su mente, ahora sonando como un desafío irresistible.

"Úsalo como piedra de afilar..." murmuró suavemente.

La idea de un oponente inmortal, alguien a quien poder atacar sin restricciones y ver cómo se regeneraba para empezar de nuevo, era perfecta. Se imaginó a Magnus, destrozado y recomponiéndose, solo para convertirse en su objetivo una vez más.

"Entonces está decidido", dijo mientras firmaba el contrato y lo dejaba sobre la mesa. "Hasta luego, suegra", añadió, saliendo de la habitación, seguido de cerca por Viviane, quien había permanecido en silencio todo el tiempo.

